

RECENSIONES

LEO HAMON: *L'élaboration de la politique étrangère* París. Presses Universitaires de France. 1969. 338 páginas.

La creciente importancia que en todos los órdenes del conocimiento y las cardinales de la vida corriente han tomado las cuestiones de las relaciones internacionales, es ya de una evidencia indiscutible. Sin embargo, escasean los conjuntos de estudios dedicados a la política internacional tratada en sí misma y desde sus propios fundamentos permanentes. En cambio son más frecuentes los estudios sobre sus aspectos circunstanciales y de las más sensacionalistas actualidades cambiantes; o sobre las estrategias políticas de los partidos; los funcionamientos de los mecanismos parlamentarios; las crisis regionales entre dos o más países etc. Parece (paradójicamente) que los que pudieran llamarse «politicólogos» se muestran reacios a concebir la política exterior como objetivo preponderante de la política en su sentido más amplio.

Ahora pueden remediarse en gran parte tales desenfoques y tales insuficiencias, gracias a la existencia de una obra francesa de conjunto. Se trata del libro en el cual se recogen los textos de las intervenciones de los distintos especialistas que participaron en los coloquios organizados por el Centro de Estudios de las Relaciones Políticas en la universidad de Dijon. Dichos coloquios se organizaron contando también con el concurso de la Asociación francesa de Ciencia Política. El conjunto de las diversas intervenciones de dieciséis expertos, fue coordinado en los coloquios y presentado en el libro, por Léo Hamon que en Dijon dirige el referido Centro de Estudios de las Relaciones Políticas.

Los textos recogidos en dicha obra se agrupan en tres grandes sectores. Estos son los de las influencias de varios factores internos en la elaboración de la «política extranjera»; el de las conexiones militares entre la estrategia y la «política extranjera»; y el de la presentación de varios ejemplos sueltos como los de Cuba y Suez.

En el primer sector son objeto de referencias especiales los temas de las relaciones entre los institutos de opinión pública y la política exterior; el papel de la Prensa y otros organismos de difusión; el papel de las opciones ideológicas; el de los movimientos obreros; el de las instituciones estatales; y el del problema de la libertad del hombre político. Hay además referencias monográficas a la opinión francesa y Europa; a los factores internos de los Estados árabes; y al papel de la opinión italiana en la elaboración de su política exterior.

Las relaciones entre la estrategia y la política internacional son tratadas por los generales Beaufre, Gallois y de Guerre; además de un capítulo referente al papel del Ejército en la elaboración de la política exterior.

Respecto a la crisis de Suez en 1956 se señala como un «caso» lo suficientemente aislado como para poder estudiar, de un modo muy concreto, las relaciones entre la política interior y la política exterior. Al mismo tiempo se

RECENSIONES

utiliza para registrar las reacciones de la opinión pública y los círculos dirigentes, frente a un chasco experimentado en la política internacional. En cuanto a Cuba se comienza por marcar las diferencias y oposiciones con la crisis de Suez; y después los efectos de los impactos del revolucionarismo cubano, tanto sobre la posición de los Estados Unidos como respecto a la crisis de los conceptos políticos generales del hemisferio americano.

Toda la aludida división de partes y enumeración de temas, en el resultado de los coloquios coordinados por el profesor Léo Hamon se refiere a la agrupación sistemática en las cuestiones. Pero dentro del mismo libro han de tenerse en cuenta los planteamientos de los desarrollos funcionales.

Sobre esto hace notar Léo Hamon que los estudios de política internacional pueden plantearse en tres sentidos diferentes. El primero es el que se trata de aprehender la sociedad internacional como tal sociedad, refiriéndose al conjunto de los Estados en su interacción recíproca (o sea la teoría de las relaciones internacionales que conduce al reconocimiento de sistemas y sub-sistemas entre un conjunto de Estados ligados por influencias recíprocas y contiguas). Otro sentido es el de atender en primer término a los aspectos del funcionamiento de las relaciones internacionales. Pero también puede ponerse en primer término el estudio de los motivos de las acciones de cada uno de los actores de la sociedad internacional: es decir, de los Estados nacionales.

Este es precisamente el sentido en que han sido enfocados y encauzados los estudios del coloquio de Dijon; cuyo objeto común es el individuo de la Sociedad internacional: o sea, la sociedad nacional.

En el comportamiento del Estado nacional como miembro de la Sociedad internacional, pueden también considerarse en primer término, sea la elaboración de las decisiones de la política internacional, o sea, la aplicación de las decisiones y la manera como se ejecutan las corrientes de pensamiento. Los coloquios de Dijon estuvieron enfocados solo sobre el sector de la elaboración de las acciones nacionales en la vida internacional. Con la excepción de los temas militares, que naturalmente han de tener en cuenta a la vez las posibilidades militares del país considerado y el equilibrio internacional de los ejércitos.

Desde el punto de vista de la metodología de las influencias de lo interior en lo exterior, de las acciones nacionales sobre lo internacional, el referido libro presentado por Léo Hamon señala el interés de una distinción fundamental entre las fuerzas profundas y los actores de la política. Dicha distinción ha sido señalada y explicada por los profesores Renouvin y Duroselle. Las fuerzas profundas se refieren a los datos materiales y demográficos, como el volumen de la población de los Estados; o de los datos de la economía respecto a la producción; los geográficos de los emplazamientos y las riquezas naturales; los psicológicos de los estados de la opinión pública, etcétera.

En lo referente a los actores de la política, se comienza por tener en cuenta el concurso que puede aportar la joven ciencia de la caracterología. Es evidente que los hombres no reaccionan del mismo modo aunque tengan las mismas ideologías, puesto que sus personalidades son diferentes, en razón de su educación, su historia pasada, sus experiencias, sus rasgos físicos, etc. Hay algunos que se hunden al enfrentarse con las pruebas difíciles, y en cambio hay otros a quienes alientan las crisis e incluso muestran todas sus posibilidades sólo cuando las circunstancias son difíciles. En el orden político de lo internacional, es también esencial la idea de que un dirigente o un gobernante tenga de sí mismo, de su papel, de su ambiente, y del papel de su país.

Léo Hamon detalla y elogia los aspectos positivos que respecto a la acción de los referidos gobernantes en relación con lo internacional señalan los es-

RECENSIONES

tudios de Jean-Baptiste Duroselle y de Annie Kriegel, tratando respectivamente del espíritu de Stalin y la personalidad de Lenin. Todo varía según que el dirigente se considere como portavoz de una misión colectiva, o crea que está encargado por la historia de una misión personal. Con el mismo enfoque analítico aparecen otras figuras como la de Charles de Gaulle. Pero el mismo Léo Hamon subraya la necesidad de no atenerse a considerar lo que él llama «el actor individual»; sino a contar con «el actor colectivo» constituido por un grupo determinado. En el caso de que el protagonismo de la acción internacional la desempeñe el grupo, ha de concederse la mayor atención a su psicología y su organización. Y por último ¿cuál es la latitud de acción que la organización del grupo reserva a su dirigente?

Una segunda cuestión que se confunde a veces con la primera, pero puede distinguirse de ella, es la que se refiere al procedimiento para tomar decisiones dentro de los organismos colectivos, y hasta qué punto las decisiones proceden de los jefes. Hay por último la cuestión de los medios políticos que el «actor colectivo» (leader o partido) podrá aportar para la ejecución de sus propias decisiones; sobre todo al referirse a lo internacional.

A lo largo de los capítulos del conjunto de los coloquios de Dijon se plantean muchas de estas cuestiones directas de tendencias y procedimientos, influidos por factores profundos. Los copartícipes en las conversaciones universitarias para la elaboración de la «política extranjera», no pretenden haber resuelto dichas cuestiones, pero reiteran el empeño que tuvieron en haberlas planteado; marcando la absoluta necesidad de estudiar los «procesos de decisión» y las «decisiones creadoras», para llegar al fondo de las incógnitas técnicas. Estas van a parar siempre a la pregunta primordial: ¿cómo la política interna condiciona la política exterior? De ello se derivan luego los rasgos según los cuales la política exterior influye sobre la política interna.

Un aspecto muy interesante y encomiable del conjunto de las exposiciones de Dijon, es el de que no sólo sugiere encuadramientos y pautas posibles para los temas tratados, sino que impulsa a tratar otros que no se han incluido. Así el papel de la información en la política exterior; el de las técnicas empleadas por los gobernantes para manejar la opinión en diversas circunstancias; el papel de la política extranjera según los tipos de los partidos políticos; e incluso la acción de las fuerzas religiosas y los grupos económicos.

Al final se tiende a demostrar que la elaboración de la política exterior de un país, no sólo se sitúa entre los mecanismos de la política interna y la realidad política internacional; sino que es un eje dinámico entre ambas. En todo caso las reflexiones comparadas sobre las latitudes de acción internacional, y los imperativos de los medios en que actúan, son considerados en el libro que presenta Léo Hamon como de doble utilidad para el estudioso paciente y el sujeto activo.

RODOLFO GIL BENUMEYA

FRANCESCO LEONI: *I movimenti neo-fascisti in Europa*. Roma. Ed. Quaderni di Relazioni. 1969.

La proliferación en Europa de los grupos y movimientos políticos de extrema derecha, neofascistas y neonazistas, ha alcanzado en estos últimos años un nivel insospechadamente elevado. Así lo documenta, con excepcional riqueza de datos, Francesco Leoni, en un ensayo recientemente aparecido en los

RECENSIONES

Cuadernos de Relaciones, con el título significativo de «Los movimientos neofascistas en Europa».

Aunque como advierte el autor, se trata en la mayoría de los casos de organizaciones que reúnen un número exiguo de adeptos, la acentuada politización que las caracteriza, concede al fenómeno un relieve que no se puede dejar de evaluar.

La presencia sobre el atormentado proscenio político europeo, de agrupaciones que profesan unas finalidades directamente destructoras, y que consideran la violencia como un instrumento normal de lucha política, induce a algunas observaciones preliminares sobre su cuenta, con el fin de encuadrar mejor todo el problema.

Una primera observación puede hacerse inmediatamente: ningún país de Europa occidental parece estar exento de este mal. Donde más, donde menos, las organizaciones extremistas de derecha dejan de sentir su presencia por todas partes. Una segunda consideración, que por muchas partes se enlaza con la primera, es la referente a la falta de coordinación en el plano internacional, de todos estos grupos y partidos neofascistas europeos. En fin, un tercer punto merece ser puesto de manifiesto: el de la estructura interna de los varios movimientos. El examen efectuado en esta dirección por el autor, conduce a una interesante advertencia: la de la escasísima o casi ninguna (exceptuando el caso del Movimiento Social Italiano en Italia) participación de estas organizaciones en las competiciones electorales. Es una cosa que verdaderamente dice mucho respecto a ellas.

El largo viaje del autor a través del neofascismo europeo, iniciado (y no casualmente) por Italia, donde la presencia del M. S. I. el más fuerte partido de inspiración fascista existente en Europa, inscrito con todas las consagraciones de la legalidad en el sistema, constituye una emblemática excepción al fenómeno generalmente caracterizado por la semi-clandestinidad, y termina en los Estados del extremo Norte del continente, después de haber ilustrado la situación en los países ibéricos, en Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, y la península escandinava.

Los objetivos documentales del trabajo, inmediatamente declarados por el autor y por su misma naturaleza, comportan una exposición detallada de los hechos; de tal modo que proporcionan una idea no sólo en total, sino sobre todo suficientemente específica del movimiento neofascista en Europa desde 1945 hasta nuestros días, que han presionado sobre lo histórico hasta cribarlo en una nidada que lleva la impronta de sus materiales.

Pero más que sobre esto, nos urge decir dos palabras sobre la obra. En su breve prefacio, Francesco Leoni se cree en el deber de advertir que en la redacción del trabajo le ha guiado un criterio de estricta imparcialidad. Y añade a modo de precisión, que él pertenece a una facción política netamente distinta del neofascismo.

Pero si así fuese, el autor haría ante todo un entuerto a sí mismo, ya que las historias imparciales no existen. Cuando él describe el nacimiento, la vida o la muerte de éste o aquel grupito, en el fondo no hace más que una crítica a la validez, a la consistencia y la credibilidad de sus ideas defendidas. Cuando traza la historia del neofascismo en este o en aquel país, ofrece implícitamente al lector la clave crítica para interpretar los acontecimientos que han conducido a ello, Francesco Leoni es demasiado inteligente para venir a contarnos que ha escrito una historia «imparcial». El, que es un estudioso de doctrinas políticas, es en suma demasiado sutil para no saber que puede bastar al historiador justo y recto el no escribir sobre una pauta obligatoria, sobre una ordenación programada. Es verdad que él no da juicios de mérito, pero creo que es un elemento que prueba lo contrario. Más bien, el haber efectuado la investigación con tan minucioso cuidado para indicar el

RECENSIONES

desmenuzamiento, o (como hoy se dice) la pulverización de las facciones extremistas, es ya un potente elemento de crítica.

Estos son, en grandes líneas, los méritos que sentimos reconocer en la obra de Francesco Leoni. Añadiremos que incluso moviéndose sobre un terreno frecuentemente accidentado, el autor ha sabido aportar una notable falta de prejuicios, una vasta cultura; un conocimiento documental de primer orden; una pasión de justicia; y por fin un rasgo que no se encuentra frecuentemente en los historiadores. O sea la estimación de la síntesis y la claridad.

GIANCARLO GIORDANO

AIDAN SOUTHALL: *Social Change in Modern Africa*. Londres. Ed. International African Institute. 1969. 329 páginas.

Se trata de la cuarta edición de esta obra que, publicada primeramente en 1961, ha alcanzado un notable éxito debido a la importancia de los temas que aborda y de la competencia con que han sido tratados. Los diversos autores presentaron y discutieron sus estudios en el Primer Seminario Internacional africano celebrado en el Makerere College de Kampala. Pese al tiempo transcurrido, diez años, las conclusiones resultan válidas en el momento actual para un Africa que no ha sincronizado su desarrollo material con una evolución social equivalente. El valor de tales conclusiones aumenta al considerar que, a pesar de los constantes trabajos de investigación realizados por diversas Organizaciones internacionales, son desconocidos muchos aspectos sociológicos importantes de los pueblos africanos y ni siquiera la mayoría de los trabajos publicados gozan de la necesaria solvencia. Por otra parte, se necesita también una coordinación de esfuerzos para llegar a comprender, en sus exactos términos, los importantes cambios sucedidos en la vida social de los pueblos africanos. El principal obstáculo en esta tarea, tan necesaria como ardua, es la carencia de documentación fiable, especialmente de índole estadística, sobre muchos aspectos básicos, tales como cifras de urbanización, escolarización, empleo, rentas, migraciones, etc. Por ello, no podemos considerar como un defecto el que muchas de las conclusiones que se formulan en esta obra no vengan fundamentadas mediante sus correspondientes índices estadísticos, que podrían expresar elocuentemente los límites de su validez.

Ante todo conviene formular una aclaración que lleva implícita un reproche para el editor de esta obra. Consiste en que el título de la misma: «Cambios sociales en el Africa moderna» resulta desmesurado para su contenido que se circunscribe, exclusivamente, al Africa negra o subsahariana. La orla de países norteafricanos, desde Mauritania al Sudán, queda excluida de este volumen. Y, no cabiendo dudar de que se insertan en Africa, hubiese resultado más apropiado buscar un título en consonancia con esa fragmentación del marco geográfico puesto que el actual puede inducir a error.

Otra segunda limitación se advierte cuando el profesor A. W. Southall, director del Instituto de Investigación Social del Africa Oriental, inicia el volumen con una amplia introducción en la que expone en un trabajo de gran interés, el estado actual en que se hallan algunos problemas capitales (tribalismo, autoridad familiar, posición de la mujer, estabilidad del matrimonio, etcétera). Inmediatamente se advierte que su ámbito de examen queda principalmente confinado a un sector de países (Uganda, Zambia, Kenia, Rhodesia, etcétera) del Africa oriental más algún otro como Nigeria, del Africa occidental. Las referencias a los países subsaharianos francoparlantes—cuya impor-

RECENSIONES

tancia no puede desconocerse—son siempre marginales, como es el caso del Congo-Kinshasa o del Camerun, y esto supone una sensible omisión ya que deja incompleto el cuadro que se pretende esbozar que no puede contemplarse, en modo alguno, como de toda el «Africa moderna» indicada en el título de la obra, sino como de una parcela de ella, por muy representativa que ésta sea. Esta aludida limitación del panorama y la utilización predominante de bibliografía ánglica es muy frecuente en las obras británicas y norteamericanas sobre Africa pero, en el caso que nos ocupa, adquiere mayor relieve por tratarse, en definitiva de trabajos presentados al primer «Seminario Internacional al africano». Tal impresión se corrobora cuando se comprueba que de los 19 trabajos recopilados en el volumen tan solo cuatro proceden de profesores franceses que estudian aspectos significativos del Africa francófona, lo cual es suficiente para dejar amplísimas lagunas en el terreno que se pretende estudiar. Ambos reparos no menoscaban la verdadera importancia de los trabajos contenidos en el volumen.

El profesor M. Gluckman, de la Universidad de Manchester, trata el tema candente de los problemas antropológicos derivados de la revolución industrial africana y que condiciona altamente el futuro de unas poblaciones que, ante el impacto de la industrialización, se destribilizan, al pasar del medio rural al urbano, y rompen bruscamente sus lazos con la sociedad tradicional quedando inmersos en otra ante la cual resultan, frecuentemente, inadaptados. El estudio del profesor Gluckman, auspiciado por el Rhodes-Livingstone Institut, se centra en Zambia y Malawi, pero sus conclusiones son, básicamente, válidas también para el Africa occidental, según expusimos hace años y atraídos igualmente por la magnitud del problema, en algunos trabajos acerca de ese mismo tema¹. No obstante la competencia del profesor Gluckman en el terreno citado expone tan solo algunos aspectos parciales, más bien superficiales, sin detenerse a estudiar las totales implicaciones del problema eludiendo cuidadosamente los aspectos negativos, tal vez por un sentimiento de cortesía ante sus anfitriones, ya que el Seminario se celebraba en Kampala. No obstante, la validez de los hechos expuestos por Gluckman hacen resaltar la intrínseca importancia de la cuestión. Mr. E. W. Ardener, del Instituto Nigeriano para Investigación Social y Económica trata de los problemas sociales y demográficos del área de plantaciones en el Camerun meridional, llegando a la consecuencia de que muchos problemas que se consideran frecuentemente como propios de las áreas «urbanas» se ofrecen, también, en forma aguda, en las áreas rurales como la que ha estudiado la División Victoria, cuya vida actual se asemeja más a las ciudades del Copperbelt que a la de las antiguas ciudades Yosuba. El doctor Gordon Wilson, del Ministerio de Asuntos Africanos en Kenya, expone el caso de «Mombasa. Una moderna municipalidad colonial». Resulta especialmente sugerente porque en la referida isla conviven poblaciones muy heterogéneas (africanos, asiáticos, árabes, europeos, etc.), separadas por barreras étnicas y religiosas, y plantean unas situaciones que guardan estrecha analogía con otras regiones o ciudades plurirraciales. El Dr. Banton, de la Universidad de Edimburgo, trata de la «reestructuración de las relaciones sociales» cargando el acento sobre las nuevas instituciones africanas que son, en ocasiones, un remedo de la estructura social de la comunidad local europea, aunque por efectos de la propia personalidad adquieren un significado diferente en la cultura africana. El doctor Schwab, de la Universidad de Filadelfia, estudia la «estratificación social» en Gwele, la cuarta ciudad rhodesiana, habitada por 7 mil europeos

¹ Julio Cola Alberich «Derivaciones sociológicas de la industrialización de Africa». Cuadernos de Estudios Africanos, número 27, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1954. «Problemas del contacto de culturas en Africa», número 30, etcétera.

RECENSIONES

y 25 mil africanos. La separación entre ambos grupos, la barrera del color—lo que no impide que estén ligados por numerosas relaciones económicas y políticas—está aumentada por la circunstancia de que la población africana de Gwelo es tribalmente heterogénea a lo que se agrega la disparidad entre los valores de la vida urbana y rural. Como afirma el autor de este trabajo, de todo ello surge «apatía y frustración» ya que la mayoría se muestran incapaces de asimilar el sistema urbano de valores. El doctor Goldthorpe, del Makerere College, expone el tema de los africanos que han adquirido una educación occidental planteando, en definitiva, el hondo problema de las «élites» africanas. Ciertos aspectos económicos del africano de hoy se tratan en los dos capítulos siguientes, «estudio de los *evolúes* de Leopoldville» redactado por el doctor Baeck, de la Universidad Lovanium, cuyas conclusiones están basadas en un muestreo sobre 46 familias de la actual Kinshasa, y «bienestar y promoción social entre los asalariados africanos de Brazzaville» original del doctor Devauges, del ORSTOM. Le siguen otros estudios sobre diversos factores que intervienen en las relaciones sociales referidas a Stanleyville (doctor Pons), Kampala (profesor Southall), la tribu Tonga (doctor Van Velsen), la ciudad de Kahama, Tanganyka (Mr. Abrahams) y Duala (M. Govellain). A continuación el Dr. Bettison analiza los cambios en la composición y «status» de los grupos Kin de Zambia y Malawi, el doctor McCall se refiere al «papel de la esposa en una moderna ciudad del Africa occidental» señalando su decisiva intervención en las actividades comerciales; el doctor Rouch investiga la segunda generación de emigrantes en Ghana y Costa de Marfil y termina el volumen con dos estudios sobre la vida familiar: uno de Miss Izzat, sobre la familia Yoruba, y otro del profesor Clyde Mitchell acerca de la estabilidad matrimonial en Zambia.

El simple enunciado del título de los múltiples capítulos incluidos en este volumen demuestra sobradamente la diversidad de aspectos examinados por el Seminario Internacional africano y la importancia de sus conclusiones. No se trata de un análisis exhaustivo, pero el mérito de este trabajo constituye una fuerte invitación, por los motivos que apuntábamos al comienzo de este comentario, a ampliar el campo de acción presentando un estudio más completo de los cambios sociales en el Africa actual.

JULIO COLA ALBERICH

BARNET LITVINOFF: *Un peuple particulier. Regard sur le monde juif d'aujourd'hui*. París. Stock, éditeur 1970. 352 páginas.

Uno de los sectores más paradójicos de las realidades políticas mundiales viene siendo el de la existencia y las actividades de los judíos, porque a la vez participan en lo nacional y lo internacional. Destacan en unos sitios como minorías étnico-culturales, y en otros como comunidades religiosas, dentro de unos Estados con creencias oficiales diferentes. Unas veces existen núcleos judíos movidos por los impulsos de lo que se ha llamado (algo inexactamente) «el antisemitismo». Ha habido judíos entre los mayores impulsores del Imperio Británico y del expansionismo estadounidense. Pero también nacieron judíos los mayores impulsores de las protestas sociales desde Marx a Marcuse. Hoy la más aguda presencia de lo judío en los problemas internacionales es la del Estado de Israel, que ha determinado la crisis del Cercano Oriente. Pero Israel no sólo no agota la esencia de lo internacional judío, sino que ni siquiera llega a plantearla en sus rasgos esenciales.

RECENSIONES

Sobre dicha esencia, lo más característico es hoy, que las diversas definiciones, posiciones y categorías de lo judío y los judíos, muchas veces no sólo se confunden sino que se contradicen. Hasta el siglo XIX la existencia de los diversos núcleos judaicos, aquí y allá, estaba siempre determinada por factores tradicionales, principalmente los religiosos. Pero en el siglo actual ha llegado a ser imposible el determinar si el hecho de ser judío se basa sobre lo religioso, lo racial, lo social, lo costumbrista, el nacionalismo o el cosmopolitismo. A los antiguos factores de confusión se han agregado otros nuevos. En lo religioso siempre fue fundamental que nadie podía «hacerse judío» ni «convertirse» al judaísmo religioso; pues se era judío al nacer en el seno de unos núcleos humanos que vivían entre sí, y casaban a sus gentes entre sí dentro de un sistema de estricta endogamia. Pero ahora existen sacerdotes católicos, que no han olvidado su judaísmo racial; y por otra parte hay negros de Harlem que practican ritos religiosos judíos... El judaísmo va perdiendo sus orígenes hereditarios cerrados (y casi el concepto bíblico de «pueblo elegido») para convertirse en un estado de ánimo; o en una manera especial judaica de considerar a las gentes y las cosas.

Volviendo a lo mundial, está comprobado que si la política internacional no puede plantearse prescindiendo del factor judío, es indispensable conocer objetivamente dicho factor. Hasta ahora resultaba muy difícil porque lo judío visto desde fuera suele provocar juicios exaltados *a priori*, sea favorables o desfavorables. Pero ahora existe un libro de bastante valor documental, que es el de Barnet Litvinoff. Publicado inicialmente en inglés con el título «*A peculiar people*» y del cual ha aparecido la versión francesa.

Barnet Litvinoff, de origen ruso pero ciudadano británico, está considerado como un experto en asuntos judaicos, desde la segunda guerra mundial. Fue autor de la primera biografía de David Ben Gurión. Después estuvo varios años recogiendo información de un gran número de especialistas en temas internacionales y hebraístas, cuya ayuda cita, así como la de su propia esposa.

El libro de Barnet Litvinoff tiene como punto clave su primer capítulo titulado «El eterno enigma». Se refiere a la controversia sobre lo que es judío y no es judío; recordando de paso que esto ha sido origen de varias crisis en los gobiernos del Estado de Israel; puesto que en aquel país la definición legal de la ciudadanía se articula sobre la definición del judío. También dice Litvinoff a continuación, que en ciertas circunstancias se renuncie a definir lo que es judío, y que se ponga mayor atención en definir lo que no es. El cuadro de los aislamientos forzosos se ha roto en la mayor parte de los países; y también la creencia de que los judíos puedan seguir siendo algo totalmente diferente. Sobre todo desde que se multiplican los matrimonios mixtos con gentes de otras razas y religiones.

El mundo judío ya no es un mundo diferente, pero sigue siendo como dice Barnet Litvinoff «un pueblo particular» de gentes dispersas. El número total de quienes son o se creen, más o menos judíos oscila entre los trece y los catorce millones con su núcleo mayor de 5.600.000 en Estados Unidos; en Israel 2.400.000; unos 2.200.000 en la Unión Soviética, 500.000 en Francia, y más de 400.000 en Inglaterra. Con núcleos mayores de 100.000 en Argentina, Canadá, Rumanía, Brasil y la Unión Sudafricana. Aparte los núcleos menores de Polonia, Australia, Turquía, Persia, etc.

Algunos de los grandes sectores de población judía son detalladamente explicados por Litvinoff en capítulos largos y minuciosos. Sobre todo el de los Estados Unidos, el de Israel, el de Rusia Soviética, el de Francia, el de Gran Bretaña. Otros de los países nuevos, y los países del Oriente islámico. Cada uno con características no sólo peculiarmente localistas, sino incluso a veces agudamente contradictorias.

RECENSIONES

Para la comprensión exacta de esa pluralidad creciente, Barnet Litvinoff pone como premisa la afirmación de que los judíos del mundo contemporáneo pasan por la mayor crisis de identidad de toda su historia. Desde la segunda guerra mundial existe una revolución judía (de la cual poca gente se ha percatado). Sus orígenes están en los trastornos psicológicos y las repercusiones mundiales de la palestina guerra de los seis días; el malestar social en los Estados Unidos; los cambios rusos desde 1960; la acción indirecta del Concilio Vaticano; y la aceleración de la asimilación que hace fundirse a muchos judíos en el seno de las masas nacionales de los países donde han nacido. De todos modos los diversos núcleos judíos de hoy no tienen casi nada que ver con «la imagen tradicional de un mundo que murió en Auschwitz», según subraya Barnet Litvinoff.

Lo más curioso es que la creación, el desarrollo, y los cambios de los rumbos políticos en Israel, constituyen uno de los factores que más precipitan la contradicción y en parte la descomposición del judaísmo tradicional. Esto se notó sobre todo cuando en ocasión de la guerra de junio de 1967, muchas gentes judías, dispersas en países tan diferentes como Norteamérica, los Balcanes, Africa del Sur o la Argentina, se sintieron de pronto vinculados a la causa de un Israel que hasta entonces les había preocupado poco. Ellos ya no se sentían miembros de «un pueblo elegido» ni de un conjunto étnico diferente; ni tampoco deseaban irse nunca a Israel; pero prestaron a Israel toda la ayuda posible por creer que la defensa y la supervivencia de un Estado judío representaba una forma total de judaísmo, tanto nacional como internacional.

Después de 1967 vino una reacción pendular contraria en el seno de las mayores colectividades judías de la «diáspora» o dispersión. En Francia, en Norteamérica, en Alemania, y hasta dentro del mismo Israel, surgen portavoces de varias oposiciones que acusan a los gobernantes israelíes de haber destruido el sentido idealista del sionismo inicial; para sustituirlo con una política de imperialismo y colonialismo agresivo respecto a los árabes palestinos, al Líbano, a Jordania, etc. Litvinoff dice que por no haber hecho suya la lucha de Israel, todos los judíos del mundo tienen hoy que pagar las consecuencias, a veces desastrosas. Y añade: «La política ulterior de Israel no ha sido acogida por una aprobación universal; y los judíos del resto del mundo se han visto implícitamente acusados de ser en parte responsables de esta política».

Otro hecho saliente es que a través de Europa y América, las jóvenes generaciones judías, que han recibido educación universitaria en lenguas inglesa, francesa, española o alemana, tienen cada vez menos que ver con los esquemas judíos anteriores que después del holocausto hitleriano se basaban en el desarrollo de Israel. Y hay casos extremos en que (según dice Litvinoff) los portavoces de dicha juventud «sont bien moins inspirés par Moshe Dayan que par Che Guevaras».

Dentro del mismo Israel el referido libro señala la importancia de fracturas iniciales internas; como la de la discriminación que los gobernantes sionistas (en su mayor parte procedentes de Rusia, Alemania y países anglosajones) imponen a los judíos que ellos llaman «orientales», o sea los procedentes de los países europeos del Mediterráneo y los del Norte de Africa. Estos supuestos orientales son sefardíes o sefarditas de origen español, y «forasteros» de origen norteamericano. A ellos se añaden los judíos yemenitas que en realidad descienden de árabes judaizantes. Todos son mantenidos en plan inferior por los dirigentes de Israel que se hacen llamar orgullosamente «europeos». Litvinoff dice que si los dos sectores judíos (el ruso-alemán e hispano-árabe) no llegan a fusionarse, la supervivencia humana de Israel sería casi imposible. El caso de los supuestos judíos «orientales» de Israel recuerda

RECENSIONES

también que incluso en el judaísmo cerrado tradicional y comunal formado desde la Edad Media nunca existió efectivamente un solo pueblo judío homogéneo, sino dos pueblos paralelos y no siempre idénticos»: el sefardí y el askenazi. La distinción entre los dos permanece aún como un rasgo fundamental para el reparto de los núcleos judíos en su vida comunal.

Volviendo a las perspectivas de lo político internacional, la tensión aguda sigue pesando alrededor de los vínculos entre los dos núcleos judaicos mayores y más entrelazados; es decir, el de Norteamérica y el de Israel. Pero en el resto del mundo judío se han iniciado bastantes factores de despegue. Litvinoff recuerda que el fenómeno de unidad de la diáspora, que creó la guerra de 1967, no estimuló entre los judíos de otros países el deseo de establecerse en Israel. Si el apoyo a Israel fue una manifestación de solidaridad o de lealtad a un principio teórico, «los judíos, a través del mundo han demostrado que se añadía a la lealtad respecto a sus países de residencia permanentes».

Entre esos judíos de la dispersión crece la tendencia a desear que Israel modere sus posiciones nacionalistas expansivas; y que coopere con los pueblos árabes, dentro y fuera del país israelí. Litvinoff dice que la cuestión de Palestina debe dejar de ser «un *conflit régional, dont les implications s'élargissent continuellement*» para buscar una convivencia de todos quienes viven sobre las riberas del río Jordán. En todo caso la opinión de la rama liberal en el judaísmo de los países anglosajones, de Francia y otros sitios reacciona contra el extremismo oficial israelí; porque puede aumentar la sensación de incomodidad de aquellos judíos que son ciudadanos de países ajenos a Israel, obligándoles así a precipitar su asimilación y desjudaización.

En conjunto la obra de Barnett Litvinoff puede ser definida como un cuadro completo del mundo judío de hoy, en todos sus aspectos. Muchos de sus comentarios resultan discutibles; pero merece toda clase de elogios su empeño en presentar un fondo documental, minucioso, apretado, y hasta ahora único en el cuadro de la bibliografía viviente sobre el complejo, inquieto y pocas veces objetivamente estudiado mundo judío del momento.

RODOLFO GIL BENUMEYA

HENRY A. KISSINGER: *Política Exterior Americana*. Plaza & Janés, S. A., Barcelona, 1970. 157 páginas.

Desde que los Estados Unidos tuvieron plena conciencia de su potencial económico y, sobre todo, de su privilegiada situación en el panorama de la política internacional puede afirmarse que han consagrado un meritorio esfuerzo a fomentar, estrechar y extender las relaciones políticas con otros pueblos. Es cierto que la política norteamericana, conviene no olvidar esto, en muchísimas ocasiones, no ha resultado todo lo firme, sincera y feliz que hubiera sido de desear. No tratamos ahora, sin embargo, de decidir si esa política exterior ha sido acertada o no, sino, por el contrario, de destacar el valor que los políticos norteamericanos conceden a las relaciones diplomáticas. Por consiguiente, sin temor a la aventura, puede pensarse que, en efecto, ha sido la exposición de un programa idóneo de política exterior la que ha llevado a más de un candidato presidencial a sentarse en el solemne sillón de la Casa Blanca. La política exterior como nos prueba el sugestivo ensayo que comentamos, atrae, cuando menos, la atención del 75 por 100 de los ciudadanos estadounidenses.

Entiende el autor de este libro que la eficacia de la política exterior que

RECENSIONES

desarrolle un determinado Estado depende, en gran parte, de la fuerza, cohesión y honestidad de las estructuras en las que se apoye la propia política interior. Justamente, según la doctrina sustentada por los especialistas de esta materia, la política exterior, en definitiva, no es otra cosa que un reflejo más o menos directo, de la intimidad de cada país. Suele por ello decirse que no existe separación absoluta entre la política interior y la exterior, esto es, que la política exterior comienza donde concluye la política interior. Por tanto, si las estructuras nacionales están basadas en nociones apreciativas de lo que es justo se desarrolla un consenso acerca de los objetivos permisibles y los métodos de la política exterior. Si las estructuras internas son razonablemente estables, son mínimas las tentaciones de usar una política exterior aventurera para lograr una cohesión interior. En estas condiciones—nos dice el Dr. Kissinger—, los dirigentes aplicarán generalmente los mismos criterios y defenderán una visión similar acerca de lo que constituye una demanda «razonable». Ello no garantiza que se haya de llegar a un acuerdo, pero proporciona las condiciones necesarias para un diálogo explícito, es decir, prepara la escena para la diplomacia tradicional.

A la vista de cuanto antecede podemos pensar que por el contrario, cuando las estructuras interiores se basan en unas concepciones que difieren fundamentalmente de aquello que es justo, la conducción de los asuntos internacionales se hace más compleja. Entonces, según el autor de estas páginas, incluso se hace más difícil definir la naturaleza del desacuerdo, debido a que aquello que aparece como evidente para una parte se muestra sumamente problemático para la otra. El dilema político se plantea cuando los pros y los contras de una cierta discusión aparecen como algo muy equilibrado. La definición de qué constituye un problema y qué criterios son importantes para su «solución» refleja, hasta un grado considerable, las nociones internas de lo que es justo, las presiones producidas por el proceso de toma de decisión y la experiencia que forma a los dirigentes en su ascenso a un punto destacado. Finalmente cuando las estructuras internas—y el concepto de legitimidad en el cual se basan—, difieren mucho, los estadistas aún pueden seguir negociando, pero su capacidad de persuasión ha quedado reducido, ya que no hablan el mismo lenguaje.

Llega el doctor Kissinger en su libro, entre otras, a la siguiente conclusión: la estructura interna es, en suma, decisiva en la elaboración de unos objetivos políticos positivos. Consecuentemente, el aspecto más difícil, realmente trágico, de la política exterior, es cómo hacer frente al problema de la conjetura. Cuando el campo de acción es mayor, el conocimiento sobre el cual hay que basar dicha acción es pequeño o ambiguo. Cuando se dispone de unos conocimientos, la capacidad de influir sobre unos acontecimientos suele reducirse al mínimo. En 1936, nadie podía saber si Hitler era un nacionalista incomprendido o un maniaco. Cuando se tuvo la certeza al respecto, hubo de pagarse al costo de millones de vidas. ¿Existe en la actualidad una auténtica política internacional? ¿Qué finalidad, en caso de existir, tiene la política internacional? He aquí, en efecto, las dos preguntas claves que nos hace el autor de su libro. A la primera pregunta es difícil contestar puesto que, en rigor, no puede llamarse política internacional al miedo que impulsa a unos países a respetar a otros. Así, por ejemplo, la paz mundial—una paz relativa—se mantiene en nuestros días por medio de la amenaza de una mutua destrucción, basada en armas para las cuales no se ha dispuesto de una experiencia operacional. La disuasión—o política de prevenir una acción por medio de confrontar al oponente con unos riesgos que no está dispuesto a correr—depende, en primer lugar, de unos criterios psicológicos. Lo que cree el agresor en potencia tiene una importancia mayor que lo que es objetivamente cierto. La disuasión se da por encima de todo en la mente del hombre.

A la segunda de las preguntas formuladas por el doctor Kissinger sí es posible ofrecer una respuesta, a saber: la política internacional tiene la finalidad esencial de evitar que ciertos Estados tomen determinados acuerdos de forma precipitada. Ciertamente, escribe el autor de este libro, todo Estado importante puede originar consecuencias en cualquier parte del mundo por medio de una aplicación directa de su poderío, porque sus ideas pueden transmitirse casi de un modo instantáneo, o porque su rivalidad ideológica da un enorme significado simbólico incluso a aspectos que, en términos geográficos son de importancia secundaria. El mero hecho de ajustar perspectivas a una escala tan enorme produciría dislocaciones importantes. Este problema está acompañado por el nacimiento de tantos nuevos Estados. Desde el año 1945 casi se ha duplicado el número de participantes en el sistema internacional. En períodos anteriores, el nacimiento de incluso uno o dos Estados tendía a conducir a décadas de inestabilidad, hasta que se establecía y aceptaba, un nuevo equilibrio. El nacimiento de docenas de nuevos Estados ha aumentado en una gran proporción esta dificultad. Piensa el autor que efectivamente, estos altibajos supondrían un suficiente reto, pero se ven eclipsados por los riesgos que supone la moderna tecnología. La paz, como hemos señalado anteriormente, se mantiene por medio de la amenaza de una mutua destrucción. Otro de los medios que, en la actualidad, contribuyen al sostenimiento del firme equilibrio entre los Estados lo constituye las múltiples alianzas y convenios a los que pródigamente recurren los diferentes países del mundo. Para el doctor Kissinger los acuerdos y las alianzas internacionales son un aspecto, un dramático aspecto, de las tensiones actualmente existentes. Y son dramáticos los aspectos de las alianzas por un simple hecho: porque su eficacia depende del cumplimiento de las cuatro siguientes condiciones, a saber: 1) un objetivo común, generalmente la defensa frente a un peligro común; 2) un grado de política articulada, suficiente al menos para definir el *casus belli*; 3) algunos medios técnicos de cooperación en el caso de que se decidiese una acción común; 4) un castigo para la no cooperación—es decir, debe existir la posibilidad de negar la asistencia—, pues de lo contrario se dará por hecha la protección y se derrumbará el concepto de obligación mutua. En todo caso, el autor de este libro duda de que la unidad mundial, o al menos, entre la vieja Euroja y los Estados Unidos de América, pueda conseguirse mediante acuerdos o convenios. Para lograr la unidad de una política exterior es preciso que exista un objetivo común, intereses que afecten a ambas partes y, desde luego, el deseo, la predisposición y la comprensión de la necesidad de limitar la propia autonomía política. Cosa, hoy por hoy, sumamente difícil de conseguir.

En la parte final del libro que comentamos el Dr. Kissinger aborda el estudio de las principales directrices que caracterizan la política exterior de los Estados Unidos. Dada la profundidad del análisis que el autor realiza y, sobre todo, de la variedad de causas que examina es preciso exponer en breve síntesis la clave central del problema: la política exterior americana oscila entre un sentimiento de grandeza—circunstancia que a nadie puede sorprender dado el poderío económico y militar del pueblo americano—y un sentimiento de frustración puesto que, en efecto, sea cual sea el logro de los programas de ayuda americana siempre se espera más de los mismos. Subraya el autor que, en la obra presente, el pueblo americano muestra cierto descontento. La causa de este descontento es obvia: han comenzado a fallar ciertas estructuras interiores. Todo, a la vista de ciertos sucesos internos, parece indicar que la próxima Administración de la política norteamericana se va a ver acosada por profundas crisis socio-políticas. El origen de la inestabilidad espiritual del pueblo americano proviene, acaso, de haber perdido la confianza en las instituciones que surgieron a la vida pública durante

RECENSIONES

el mandato del presidente Kennedy, es decir, que el pueblo norteamericano ha perdido su fe en el idealismo. Por otra parte, no resulta fácil olvidar las consecuencias de la guerra del Vietnam. Una guerra que, por el momento, ha puesto a prueba, durísima prueba, el prestigio militar de los Estados Unidos y la eficacia de una política exterior adecuada. Ni la estrategia militar ni, mucho menos, las conversaciones diplomáticas han suscitado la solución anhelada. Ciertamente, no nos extraña, el ciudadano norteamericano se sigue preguntando: ¿Qué es lo que ha ido mal? El Dr. Kissinger expone en su libro, como queda dicho, diversas causas. Desde la innegable incompatibilidad de los estilos diplomáticos de los Estados Unidos y del Vietnam del Sur hasta la absoluta desconfianza mutua y, por supuesto, la falta de la más elemental claridad en la exposición de los temas sobre los que han girado las superficiales conversaciones hasta ahora celebradas. Estamos pues, en presencia de un libro que ilustra objetivamente sobre todo lo que de complejo, inexacto y abstracto existe en la alta burocracia internacional.

José M.^a NIN DE CARDONA

RICHARD M. NIXON: *Seis Crisis*. Barcelona. Traducción de Jesús de la Torre. Plaza & Janés, S. A. 1969. 508 páginas.

Con el viejo y desenfadado estilo literario que caracteriza a los políticos norteamericanos Richard M. Nixon nos relata en este libro la forma mediante la cual los Estados Unidos de América han ido resolviendo la mayor parte de sus problemas socio-políticos. Las páginas que suscitan el presente comentario constituyen, en realidad, una amalgama de reflexiones, experiencias y proyectos del actual presidente americano. Los propósitos del autor no giraban en pos de la consecución de un objetivo doctrinal, propagandístico o, simplemente, de divulgación científica. Este libro, por el contrario, constituye la aportación intelectual que todo político norteamericano, tarde o temprano, está obligado a realizar.

Nos engañaríamos si tratásemos de desvirtuar el extraordinario interés que la publicación de libros como el que comentamos suscita en los Estados Unidos. Diríase que, efectivamente, existe un género literario especial dedicado exclusivamente al análisis del porqué de las grandes decisiones socio-políticas. En este género, sin duda, son los políticos norteamericanos logrados maestros.

Ciertamente, la totalidad de estos libros se han escrito con absoluta honestidad. Así, por ejemplo, las páginas que motivan este comentario pueden, en cierto modo, interpretarse como el testamento político de Nixon. Están redactadas, según propia confesión del autor, luego de finalizada la campaña electoral que elevó a Kennedy a la alta magistratura norteamericana. El lector español se sentirá sorprendido por la naturalidad y corrección con la que Nixon explica su gran derrota. Esto, ciertamente, constituye una de las grandes cualidades de los políticos americanos, a saber: no anhelar apasionadamente el poder.

Quien penetre con absoluta seriedad en el contenido de esta obra advertirá muy pronto cual es el estilo nacional de los Estados Unidos: la frialdad ante lo que el resto del mundo suele calificar como «circunstancias dramáticas». Ningún político americano y, mucho menos, un presidente de la nación adopta una decisión sin haber examinado previamente las consecuencias positivas y negativas que podrían originar la aceptación de una u otra perspectiva. La diplomacia americana sabe muy bien que un mismo problema tiene, a la postre, varias soluciones. Quiere decir cuanto antecede que, en

efecto, los líderes políticos americanos son conscientes de la trascendencia de sus decisiones.

Las páginas, pues, que tenemos a la vista son el resultado del exhaustivo análisis realizado por Richard M. Nixon de algunas de las situaciones políticas más graves que en los comienzos de su carrera hacia la Casa Blanca le tocó vivir. A diferencia de otros muchos trabajos de políticos, estrategas y sociólogos americanos hay que reconocer que las páginas que comentamos tienen, entre otras, ciertas cualidades que, consiguientemente, debemos poner de relieve. Así, por ejemplo, el autor se ha esforzado por relatar con la máxima veracidad posible cada uno de los acontecimientos—ya integrados en la historia política americana—en los que, directa o indirectamente, ha intervenido. Ha pretendido, además, cosa que muy pocos dogmáticos de la política norteamericana han intentado, explicar lo que significa la expresión «crisis» para un político. Por otra parte, al igual que el extinto presidente Kennedy, no deja de reconocer que para un mejor desarrollo de la estrategia política es imprescindible una adecuada formación intelectual. La vida intelectual americana, piensa Nixon, tiene que contribuir a la realización de una política pública más eficaz.

Es posible, por eso nos apresuramos a advertirlo, que el título de estas páginas desoriente al futuro lector de la obra. Queremos decir con esto que, ciertamente, cada una de esas «seis crisis» representan, en realidad, seis obstáculos en la carrera política del autor de este libro. No olvidemos, como en líneas anteriores hemos consignado, que estamos en presencia de un libro autobiográfico en el que su autor nos habla, casi familiarmente, de cuales fueron sus reacciones emocionales ante determinados acontecimientos. No nos sorprende, por tanto, que una vez finalizada la lectura de estas páginas quedemos flotando en el ambiente ciertas moralejas de índole práctica, a saber: llegamos a la convicción de que el hombre público debe de actuar siempre fríamente ante los acontecimientos políticos. Nixon subraya que cuando no se dispone ni de la preparación intelectual ni, por supuesto, de una adecuada experiencia el camino a seguir es claro: la serenidad y la fe en las propias ideas. Estas dos cualidades no pueden ser heredadas por nadie. O nacen con el hombre o, nos dice el actual presidente norteamericano, se adquieren tras el sufrimiento que reporta las batallas socio-políticas perdidas.

Si necesariamenteuviésemos que calificar el contenido de este libro, más profundo y sincero de lo que muchos pueden considerar, no dudáramos en afirmar que se trata de un excelente manual dedicado a los futuros jóvenes políticos americanos. El autor, no sin cierta humildad, aconseja, una y otra vez, como armas políticas de una poderosísima eficacia el continuo ejercicio de la serenidad y el temple del valor. La serenidad en la batalla, escribe Nixon, es un producto de la fe. Y la fe, aparte la que nace de la herencia religiosa o de la enseñanza moral, acude al individuo después de que éste ha pasado por un período necesario de indecisión, de duda y vacilación y, por fin, ha resuelto que su causa es la verdadera y determina que debe proseguir luchando hasta el fin. El valor, puntualiza el autor de estas páginas, es una consecuencia de la disciplina.

Independientemente de los variados aspectos temáticos que este libro nos ofrece hay dos que, a nuestra forma de ver, debemos considerar sensoriales: la entrevista que Nixon sostuvo con Krushchev cuando el alto dirigente soviético vivía sus días de máxima gloria y, por supuesto, la campaña hacia la presidencia de 1960—a este último tema Nixon consagra la parte más extensa de su obra—. Confiesa el actual presidente americano que jamás se había preparado más a fondo, jamás había meditado más las palabras que pronunciaría y, sobre todo, jamás había cuidado tanto los detalles, incluso los más insignificantes, como en la solemne ocasión en que, mano a mano frente a Krush-

RECENSIONES

chev trataría de solventar difícilísimos problemas de política internacional. La razón de todos estos cuidados era obvia: Krushchev, efectivamente, había insultado ya a sus visitantes en ocasiones precedentes. Nixon, además tenía un profundo conocimiento de los recursos y truculencias rápidas e inagotables del dirigente soviético. Por otra parte, no era tarea sencilla el tratar de convencerle de que, justamente, los Estados Unidos no aspiraban a un mando supremo internacional, sino, por el contrario, a la coexistencia pacífica. Posibilidad en la que el dirigente soviético en modo alguno creía. El juicio que Nixon nos ofrece sobre Krushchev es interesante a efectos de esa justicia que la Historia, tarde o temprano, hace a los grandes hombres. Para el autor de este libro el ex-dirigente soviético era un hombre resuelto, magistralmente preparado, luchador de sangre fría, de gran confianza en sí mismo y de inmenso coraje, pero sin embargo, su gran error consistió en depositar todas esas envidiables cualidades en aras de una causa perdida puesto que, quierase o no, el futuro corresponde a la libertad y no al comunismo.

En cuanto a su campaña electoral de 1960 nos advierte el autor que muy poca gente llega al conocimiento y, mucho menos, a la comprensión de lo que significa el esfuerzo de la preparación de una campaña electoral. Se necesitan, nos dice, años de esfuerzo para preparar y ejecutar una campaña presidencial, pero al final, sólo importa en realidad unas breves horas. Se precisan millones de palabras, escritas y habladas, pero sólo unas cuantas frases—por lo general impronosticables previamente—deciden el resultado. Nixon confiesa que no sabe, en rigor, determinar la causa de su fracaso. Acaso, la única explicación convincente resulte de la personalidad de sus oponentes. La primera y más decisiva experiencia que se obtiene del fracaso en una campaña electoral es, ciertamente, que no existen personas a las que culpar de nuestro fracaso. La preparación de un importante discurso, la aprobación de la estipulación clave en un programa, una conferencia de Prensa, un debate con su oponente..., todos estos hechos pueden resultar cruciales en una competida elección.

He aquí, por tanto, el libro de un político norteamericano que ha conocido la derrota y la victoria, el pesar del fracaso y la sonrisa del triunfo. Un libro de amplias dimensiones humanas, políticas y sociales.

JOSÉ M.^a NIN DE CARDONA

